

Vicente Alfonso

HUESOS DE SAN LORENZO

colección andanzas



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



GENTE QUE TRABAJA Y LOGRA
ENGRANDE



TUSQUETS
EDITORES

VICENTE ALFONSO
HUESOS DE SAN LORENZO

TUSQUETS
EDITORES

El 16 de febrero de 2015, un jurado compuesto por Ignacio Padilla, Mario Bellatin y David Martín del Campo declaró esta novela ganadora del Premio Internacional de Novela Sor Juana Inés de la Cruz.

© 2015, Vicente Alfonso

Publicada mediante acuerdos con VicLit Agencia Literaria

Fotografía de portada: ©

Fotografía de autor: ©

Diseño de la colección: Guillemot-Navares

Reservados todos los derechos de esta edición para:

© 2015, Tusquets Editores México, S.A. de C.V.

Avenida Presidente Masarik núm. 111, 2o. piso

Colonia Chapultepec Morales

C.P. 11570, México, D.F.

www.tusquetseditores.com

1a edición en Andanzas en Tusquets Editores México: noviembre de 2015

ISBN: 978-607-421-

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Impreso en los talleres de Litográfica Ingramex, S.A. de C.V.

Centeno núm. 162, colonia Granjas Esmeralda, México, D.F.

Impreso y hecho en México – *Printed and made in Mexico*

composición de lugar un acto de escapismo

Parras, Coahuila, 10 de agosto de 1995

La realidad es una; sus lecturas, infinitas. El mago y su público tienen distintas interpretaciones de los hechos. Para los espectadores el acto es único e inexplicable: un instante de fe. Para quien ejecuta el truco, en cambio, la magia es precisión, ensayo. Fluidéz conseguida a fuerza de repetir los movimientos. Conocer la técnica, ese trasfondo de resortes y poleas, tiene un altísimo precio para el mago: lo vuelve escéptico. Pero a cambio le permite hacer creer a los demás.

En la mañana del jueves las fiestas están en su apogeo. Como cada año, las calles están llenas de fuereños. Atraídos por estos llegan los vendedores de comida y baratijas, los músicos ambulantes. Copas de vino corren de mano en mano, uvas por todas partes: en cajas y canastas, en carretas, bordadas en los vestidos de las niñas encargadas de pisar los primeros racimos. En el atrio una mujer ofrece estampas, rosarios, crucifijos. El aire huele a cenizas: donde anoche ardían fogatas ahora hay sólo brasas. Perros que hurgan en la basura. En la entrada de la hacienda, una manita anuncia:

EL GRAN PADILLA, MAGO DE ORIENTE. ¡VEA UN CABALLO DESAPARECER DEL ESCENARIO! NIÑA CANDE, SAURINA, POSEEDORA DE LOS SECRETOS DEL PASADO Y DEL FUTURO. LEE LAS CARTAS.

En el mismo aviso, abajo, el reto:

JUAN BORRADO, ESCAPISTA. ¡NADA LO DETIENE!
SE INVITA AL RESPETABLE A TRAER CANDADOS,
CUERDAS, CADENAS, LO QUE QUIERAN.
FUNCIONES 10 DE LA MAÑANA Y 6 DE LA TARDE.

Dentro del auditorio todo está dispuesto: clausuradas con periódico, las ventanas dejan pasar una luz percutida. Un metro por encima del escenario cuelga uno de esos tanques anaranjados que usan los mineros en Múzquiz para bajar a los *pocitos* de carbón. De un par de bocinas, agotadas de ir y venir por carreteras y caminos, brota la *Danza de los caballeros*.

Con pantalón de mezclilla y camiseta blanca, Juan Borrado sube al tablado. Es un muchacho. Vestido de blanco, Padilla —el Gran Padilla— va detrás. El viejo mago alza las manos y la música se detiene. El silencio se interrumpe sólo por los ruidos de afuera: tambores, gritos de niños, cohetes; un vendedor grita Bolis de limón coco tamarindo.

Padilla solicita un voluntario. Entre el público se levantan dos, tres manos: elige a una señora gorda y despeinada que alza los brazos. Le pide que suba al escenario.

—Señora, buenas tardes. ¿Cómo se llama?

—Dolores.

—¿Puedo decirle doña Lola? ¿Sí? Le presento a Juan Borrado.

La mujer y el escapista se saludan.

—A ver, doña Lola, enséñenos qué trajo —invita el mago.

La mujer muestra una cadena de eslabones no muy gruesos, oxidados.

—Ay, doña, con esta cadena se le escapa hasta el burro de planchar...

La mujer alza los hombros, intenta una sonrisa.

—No se crea... ¡Póngasela! Pero no quiero que digan que hicimos trampa: ¿alguien más trajo algo?

En las manos del público se levantan sogas, candados y hasta costales. En un instante, el mago se decide por unas esposas.

—Póngale estas en los pies, doña Lola. Fíjese que cierren bien.

La señora ajusta las esposas en torno a las espinillas del muchacho. Luego, entre mago y voluntaria ayudan al escapista a entrar en el tanque. Un poco de agua se desborda.

—¿Tienes miedo? —pregunta Padilla.

El muchacho niega con la cabeza.

—Bien. Seguimos entonces —el hombre se dirige al público—: pongan atención, todo va a pasar muy rápido. Para Juan, sumergirse aquí será como volver unos segundos al vientre de su madre.

Las miradas se clavan en el muchacho que jala aire y al sumergirse desborda más agua. Doña Lola ayuda a Padilla a colocar la tapa. Después este golpea el tanque.

—Hay palabras huecas, que solas no dicen nada —la voz de Padilla llena el local—. Son palabras que necesitan otras para cobrar significado: *aquí, allá...*

Suena un golpe dentro del tambo. Luego otro. Padilla pasea por el escenario. Entre el público brota un rumor.

—¿Estoy yo *aquí* arriba y ustedes *allá* abajo? ¿O estamos todos nosotros *aquí* adentro y los demás *allá* afuera? ¿Dónde está ahora Juan? Porque hace unos segundos estaba aquí... —el hombre golpea el tanque y se apagan las luces.

Un segundo después vuelve a encenderse el reflector. La lógica del truco dice que el muchacho debió escapar del encierro, pero el escenario sigue vacío. Entonces todo se precipita: Padilla intenta abrir el contenedor. La asistente improvisada mira de un lado a otro. Afuera un repique de campanas se mezcla con los tambores. Y la cara del mago se ensombrece, como si años de trabajo le hubieran caído encima en un instante.

sesión de terapia I el caso de Remo Ayala

Torreón, septiembre de 2010

¿Cómo se construyen los recuerdos? ¿Cambian, se acomodan, maduran con el tiempo? ¿O van borrándose como periódicos al sol? Pudiera ser que, a veces, los hechos vayan sedimentándose en la memoria como un agua lodosa que al principio nos impide ver lo que intuimos cerca. De cualquier forma, reconstruir un pasaje a partir de varias fuentes es como rasurarse frente a un espejo roto: las versiones se contraponen en unos detalles y coinciden en otros.

No sabría decir cuántos años me tomó escribir este libro: serían quince si me remonto al día en que Remo Ayala llegó a mi consultorio por primera vez, en septiembre de 1995. Flacucho, joven, la mirada agria. Para definir su historia podría usarse una expresión que él mismo acuñó: *reconstruir el pasado es armar un rompecabezas en el que las piezas no terminan de embonar*. En este caso los fragmentos son dignos de una novela negra, y no me refiero sólo al asesinato de Farid Sabag, pues faltaban años para que ocurriera: hablo de los años que los mellizos pasaron en un internado jesuita, de un triángulo amoroso que terminó en tragedia, de un padre autoritario habituado a

torcer la ley, de una historia familiar marcada por la culpa.

Lo cierto es que en 1995, cuando conocí a Remo, no pensé que acabaría escribiendo un libro sobre él. Ni siquiera lo pensé nueve años después, cuando salió de la cárcel, aunque ese día estaba convencido de que el muchacho había sido condenado injustamente. Lo recuerdo muy serio cruzando el portón, cargando un morral que contenía las pocas cosas que había decidido rescatar de su encierro: dos cajetillas de Camel, el retrato al óleo de San Juan de la Cruz, un estuche con pinceles, lijas y un poco de blanco de España.

«Estoy contento», dijo, pero su mirada y su voz lo desmentían. En ese momento atribuí esa amargura a que ni su padre ni su hermano estaban allí para celebrar lo que él llamó su regreso al mundo, convirtiendo aquello en una agria versión de la parábola en la que el hijo pródigo, luego de mucho buscar, no encuentra el camino de regreso. Antes de que termináramos de comer le pregunté si quería seguir con la terapia, y aclaré que no tenía que ser conmigo.

No podía imaginarme que semanas más tarde, siguiendo su última voluntad, sepultaría los restos de ambos hermanos bajo la higuera en la que jugaban de niños, y que sólo entonces tendría consciencia de lo que por años mi paciente había intentado decirme.

Desde que comencé quería escribir un libro bien documentado, mas no técnico. Pensaba que para lograrlo sería suficiente exponer el caso con claridad y precisión, citando la correspondencia de los Ayala,

transcribiendo fragmentos de las sesiones que grabamos y usando testimonios para reconstruir lo ocurrido, sobre todo el trágico asesinato de Farid Sabag en El Último Trago, crimen por el que los dos hermanos eran buscados. Pero los esbozos no me convencían: por más que lo intentaba, no conseguía que mis páginas tuvieran la complejidad de los hechos en la vida real. En el papel todo parecía plano, frío, desprovisto del misterio que envolvió siempre la vida de los Ayala.

Así estuve más de dos años, emborronando párrafos, hasta que encontré la clave cuando había dejado de buscarla. Un domingo, mientras esperaba que dejara de llover, me metí a hojear libros viejos a un local. Me topé allí con un volumen que dice: «En un historial clínico riguroso no hay sujeto; los historiales clínicos modernos aluden al sujeto con una frase rápida (“hembra albina trisómica de 21”) que podría aplicarse igual a una rata que a un humano. Para situar de nuevo en el centro al sujeto (el ser humano que se aflige y que lucha y padece) hemos de profundizar en un historial clínico hasta hacerlo narración o cuento.»¹

Allí estaba la pieza que faltaba. No descansé hasta que terminé de leer, sacudido por la forma en que el autor —un neurólogo inglés establecido en Nueva York— describe sus casos: en vez de dar detalles clínicos se concentra en las experiencias del paciente; además se apoya con citas de Borges, de Shakespeare,

¹ Me refiero a *The man who mistook his wife for a hat and other clinical tales*, primer libro de Oliver Sacks.

de *Las mil y una noches*. Me sentía eufórico: de pronto resultaba claro que hasta ese momento los Ayala habían sido para mí poco más que un diagnóstico, un expediente calcificado en mi memoria. Para contar sus vidas tenía que sumergirme en su mundo, comprender sus obsesiones, sus miedos, la lucha por establecer cada uno su propia identidad. En mis páginas estaban las cartas y los expedientes legales, pero faltaba la malicia de los detalles: cuál era la bebida favorita de cada uno, cómo vestía la Niña Cande la noche en que fue vista por última vez, cómo era el baño donde sesionaban los apóstoles. Bajo esa luz comprendí que las historias que Remo me contaba en terapia ofrecían un material que hasta entonces no había considerado valioso, por ejemplo el caso de las siamesas iraníes.²

Una precisión final: este libro se centra en la vida de uno de los gemelos Ayala, pero a medida que lo

² Durante junio de 2003 Remo me pidió que le llevara los recortes a la cárcel los días de visita. Jamás cooperó tanto en su tratamiento como en aquel verano. Por la forma en que estaban unidas, las siamesas Ladan y Laleh Bijani sólo podían verse con ayuda de un espejo. Su mayor deseo era ser separadas, y llevaban años buscando un médico que asumiera el riesgo de operarlas. El revuelo en los periódicos se debía a que un hospital de Singapur había accedido a intentarlo. El equipo, informó *El País* el 10 de julio de ese año, «estaba integrado por 29 cirujanos y 100 asistentes. Participaron especialistas de Singapur, Estados Unidos, Francia, Suiza, Japón y Nepal». Los médicos fueron asumiendo turnos rotativos de quirófano a lo largo de tres días. En el transcurso de estos se descubrió que los cerebros de Ladan y Laleh estaban más unidos de lo que pensaban. Ambas murieron.

escribí me di cuenta de que era imposible hacerlo sin hablar de su hermano. No obstante, Rómulo seguía siendo un misterio para mí. No sé si la forma en que le retrato en estas páginas es justa. Quienes convivieron con él lo describen como un joven de charla fluida, interesado en los deportes, las ciencias y la tecnología. Un muchacho alegre, lleno de planes. En cambio, basaba cruzar algunas frases con Remo para darse cuenta de que el conflicto con su hermano era un agujero negro, un turbio eje en torno al cual gravitaban casi todas sus acciones. Nuestras charlas eran repetitivas, desgastantes, en los peores momentos más peleas callejeras que partidas de ajedrez. Muchas veces intenté convencerlo de que, aunque compartía algunos rasgos físicos con su hermano —flacos, morenos, ojos manchados por un verde sucio—, estaban muy lejos de encarar los problemas de las siamesas iraníes o los que enfrentaron Chang y Eng, siameses cuya vida llegó a conocer con obsesiva precisión. Yo le explicaba que él y su hermano no sólo habían nacido separados: tenían temperamentos e intereses distintos. Pero él volvía una y otra vez sobre el tema. Sentía que todo el mundo, en todo momento, lo comparaba con su gemelo.

—¿Siempre?

—Siempre —se lamenta en la grabación—. Cuál es el más listo, cuál es el bueno y cuál el malo, o si es cierto que cuando un gemelo se enferma el otro también sufre los síntomas.

—¿Y a qué crees que se debe?

—Yo que sé.

—Piensa en los siameses, Remo. Tú mismo has dicho que mientras uno era retraído y leía a Shakespeare, el otro era impulsivo, alcohólico, adicto al juego...

—Eso dicen los libros.

—De acuerdo, pero ¿qué tan impulsivo era Chang? —replico—. ¿Lo era respecto a la mayoría o sólo comparado con su hermano? ¿Qué tan santurrón era Eng?

Recargado en la ventana, mi paciente fuma.

—Ellos no tenían alternativa —sigo—: estaban pegados. Tú y Rómulo no.

—No es un lazo visible, pero existe. Siento como si, más que mi hermano, fuera mi sombra. Como si nadie pudiera verme sin pensar en él.

—Quizá tú mismo eres responsable de eso. ¿No te has puesto a pensar que mencionas mucho a Rómulo, que hablas de sus problemas, no de los tuyos?

—Es que mi problema es precisamente Rómulo.

el último trago I la tarde del partido

Torreón, 20 de mayo de 2001

Entró en el local a las 5:03 de la tarde y pidió una Bohemia sin saber que no le quedaba vida suficiente para bebérsela completa. A pesar de la ley seca, muy pocos entre los clientes de El Último Trago estaban sobrios, quizá por eso fue tan difícil establecer qué ocurrió desde que Farid Sabag le dio el primer sorbo a la cerveza hasta que, casi una hora después, la policía llegó a levantar su cadáver. El agente Martín Marentes, que cumplía apenas una semana en servicio, fue la primera autoridad en tener contacto con el cuerpo. Lo encontró en el baño, de rodillas, con las manos esposadas alrededor de un tubo y con el pantalón de lino manchado de orina y mierda. A pesar de que tenía tres costillas rotas y múltiples equimosis en la región torácica, se estableció la estrangulación con ligaduras como causa oficial de muerte, pues lo asfixiaron con una bolsa sujeta al cuello con cinta de aislar. Al parecer en el último momento el asesino decidió reforzar la capucha con un cable arrancado del techo. Para que no hiciera ruido le rellenó la boca con estopa.

El problema inicial fue establecer quién era la víctima, pues había llegado solo y no cargaba identifica-

ciones. Nadie recordaba que hubiese dicho su nombre. Eso sí, muchos lo vieron entrar: «Claro que llamaba la atención. Por las canas y por la forma en que andaba vestido pensé que era un padre», recordó José Luis Mandujano, el cantinero, cuando fui a entrevistarlo años después para tratar de reconstruir el crimen paso por paso. Atrincherado tras la barra, respondió a mis preguntas mientras apuñalaba un témpano con el mismo picahielo que usó aquella tarde. «Nada era normal ese día. Tampoco habría sido raro que un cura cayera por aquí.»

En ese punto no hay discusión. El 20 de mayo de 2001 fue un día inusual en la comarca, pues el equipo local de fútbol —*Santos Laguna*— estaba por disputar su segundo campeonato. Pero al cuarto para las seis de la tarde, cuando el árbitro silbó el fin del partido, el hombre que después sería identificado como Farid Sabag ya estaba muerto. Tres cuartos de hora antes, en el momento en que entró en El Último Trago, la ciudad completa parecía flotar en un estado de animación suspendida: en las calles vacías los semáforos funcionaban sin testigos, y en el interior de las casas sólo se escuchaba la voz del locutor narrando pases, despejes, tiros a gol. «Parecía un pueblo fantasma. Toda la ciudad estaba pendiente del partido», me dijo años más tarde Francisco «el Chino» Woo, entonces comandante de policía. «Yo sabía que esa calma era como el cielo despejado que anuncia huracán. Llevaba cuatro días sin dormir, y lo único que deseaba era que terminara el maldito juego.» Fue él quien años después,

cuando parecía inútil seguir hurgando en los rastros de aquel domingo aciago, me facilitó el reporte forense que establece que la víctima se habría salvado si alguien hubiese intervenido a tiempo.

«Era un domingo difícil, tiene usted que entenderlo. Ese día hasta los perros estaban de servicio», dice Woo cuando le pregunto por qué acudió sólo un agente a atender el llamado de auxilio, si el protocolo indica que en estos casos debe enviarse al menos una patrulla con dos elementos. Él alega que en ese instante, cuando aún no había terminado el juego, no tenía cabeza para pensar en otra cosa que en evitar una ola de disturbios. En efecto, en toda la ciudad el ambiente era tenso: los expertos auguraban una derrota para el equipo de La Laguna. Además, durante el primer juego —celebrado en Pachuca tres días antes— había ocurrido algo que agregaba tensión: en el minuto 85, el árbitro había marcado una falta inexistente contra el Santos, que castigó con un tiro penal que dejó en desventaja al equipo lagunero. Así, jugadores y aficionados santistas llegaban al día decisivo sintiéndose víctimas de una injusticia.

La posibilidad de que Santos remontara el marcador y ganara el campeonato tampoco daba motivo a las autoridades para ponerse optimistas: cinco años antes el club se había coronado campeón por primera vez y los festejos derivaron en caos: la afición eufórica bloqueó calles, saqueó comercios y provocó accidentes de tráfico. Así pues, desde varios escritorios públicos y privados se decretaron medidas para atenuar la reacción de los aficionados.

Por orden del alcalde, el Chino Woo había dispuesto 630 agentes para vigilar calles y puntos estratégicos, además de los 250 que cuidaban el estadio y sus alrededores. En el operativo participaron 90 radiopatrullas de la Dirección de Seguridad Pública Municipal, 10 de la Policía Preventiva, 23 de Vialidad, 30 motociclistas, 20 ciclistas y, en efecto, cinco integrantes del Escuadrón Canino. Para el ex magistrado Bernardo Ayala, padre de los gemelos, fueron esas precauciones las que entorpecieron el trabajo de la policía: «Con el Chino salió más caro el caldo que las albóndigas. Por algo otro de sus apodos era el Capitán Cavernícola. Para impedir que la gente violara la ley, la violaba él mismo», argumentó en su momento. «Tres días antes del partido organizó operativos para confiscar latas de espuma artificial, así como botes de pintura en aerosol verde y blanca... ¿Dónde se ha visto que le impidan a la gente ganarse la vida, que le impidan festejar? Castigó a los vendedores, les quitó sus mercancías como si fueran drogas, armas.»

Los clientes coinciden en que el asesino y su víctima llegaron al bar con minutos de diferencia: «Acababa de comenzar el medio tiempo cuando llegó el vato de blanco y se sentó en la mesa de al lado. Después llegó el joven, vestido de negro, y se sentó con él. No parecía que fueran a discutir, más bien daba la impresión de que estaban allí para negociar algo, probablemente el cuadro», recordó uno de los testigos, Pablo García Pescador (estudiante, 19 años) al rendir su declaración. Y aunque el reinicio del partido hizo

que se desentendiera de lo que ocurría, su interés renació cuando Sabag arrojó al piso el óleo que el otro había dejado sobre la mesa.

Para la policía nunca quedó claro el motivo de la pelea. Lo que sí consigna el expediente es que la discusión no debió ser muy violenta, pues ninguno de los clientes notó algo raro aparte del gesto —arrebataado, pero no inaudito— del hombre que tiró el óleo. Nunca se sabrá si en ese momento el crimen pudo haberse evitado, pues la súbita notoriedad que ganó Sabag se diluyó en un mar de silbidos gritos aplausos cuando en las pantallas Mariano Trujillo anotaba el gol del empate y renacía la esperanza de que el Santos conquistara el título por segunda ocasión. La acotación del gol no es gratuita: permite establecer que eran las 5:13 de la tarde cuando Sabag fue visto vivo por última vez.

Tras hacer entrevistas con quienes pude localizar casi cuatro años después de la tragedia, y luego de voltear al derecho y al revés los testimonios de quienes fueron interrogados por la policía, tengo elementos para afirmar que se trató de un rompecabezas armado con piezas que embonaron sin que nadie, además del asesino, lo notara: en primer lugar ninguno entre los presentes se dio cuenta del momento en que el asesino y su víctima se levantaron de la mesa. En segundo lugar el hecho de que, una vez cometido el crimen, el sospechoso pudiera abandonar el billar sin contratiempos. Y en tercero que, en un local atiborrado de clientes bebiendo, pasaran más de veinte minutos sin que al-

guyen se levantara al baño. Pero esos tres factores se explican si se toma en cuenta que, entre las cinco en punto y las seis menos trece de la tarde, la atención de los presentes estuvo acaparada por el partido de fútbol. Un partido tan polémico que sus jugadas aún son evocadas por especialistas y fanáticos.

El joven García Pescador fue quien descubrió el cuerpo. Así me lo contó por teléfono cuando le llamé a su departamento de Barcelona, donde hoy vive: «Estábamos ya en tiempo de compensación y el marcador seguía empatado: lo más probable es que se fueran a tiempos extra. Eso nos convenía, pues los jugadores del *Pachuca* mostraban señales de cansancio y deshidratación. Seguro de que el partido se alargaría, me levanté al baño. Me extrañó que la puerta estuviera cerrada con llave, así que fui con el cantinero y le exigí que abriera». Mandujano estaba prendido de la pantalalla y lo mandó a volar:

—Afuera hay un chingo de árboles. Escoge el que quieras.

En realidad, como consta en el expediente, la puerta del baño ni siquiera tenía llave. La única manera de cerrarla era activando un botón en la perilla, y eso es justo lo que hizo el asesino antes de irse. Quienes conocen esas cerraduras saben que es fácil botar el seguro con un clavo, un alambre, una aguja de tejer. Ante la insistencia de García Pescador, Mandujano se desentendió del partido apenas el instante necesario para abrir la puerta con el picahielo. Si se atiende a la cronología del juego, debían ser las 5:47 de la tarde

cuando destrabó la puerta, pues en ese momento escucharon, como lo hicieron miles de aficionados en toda la Comarca, el silbato del árbitro. Pero no era el pitazo final, como pensaron muchos, sino una indicación de pênalti en contra del *Santos Laguna*.

Eran las 5:51 cuando el Chino Woo escuchó por radio el reporte que solicitaba una patrulla en la esquina de Hidalgo y Donato Guerra: según una llamada anónima, un hombre acababa de ser asesinado en un billar. Aunque Woo estaba en la fuente del Pensador, es decir, a menos de 300 metros del sitio, decidió no moverse de allí, pues ya entonces tenía la certeza de que estaba por comenzar la noche más larga de su vida. Sentado en el interior de su patrulla, supo lo que venía: calles inundadas de gente, sirenas de patrullas y ambulancias, tráfico desquiciado, accidentes, robos, trifulcas. Supo que ni él ni sus hombres se darían abasto en las próximas horas. Que, aunque no podía escucharlo todavía, en pocos minutos el ruido de bocinas y motores inundaría las calles. Podía sentirlos: cientos de aficionados enardecidos, rabiosos, debían dirigirse a la fuente del Pensador, al bulevar Independencia, a la calzada Colón: vestidos de verde, sí, pero ya no armados con banderas ni botes de espuma, sino con piedras, tubos y cadenas.